

Sus ojos abrumados
no aciertan a captar
sino reflejos ténues
de luz crepuscular.
Y presa de congojas
y ahogada en soledad,
así desgrana al viento
su triste lamentar:
¡Oh, Príncipe de ensueño,
quimérico y falaz
que a la amorosa cita
faltaste, desleal!
¿Por qué te he presentado?
¿Qué trágica deidad
indújome a esperarte
si no habías de llegar?
¿Qué empeño irresistible
mantúvome, tenaz,
ardiendo en el suplicio
de un vano desear?
¡Oh, sueños deleitosos
de amarga fatuidad!
¡Oh, eróticos secretos
que nadie escuchará!
Perdidos mis encantos,
¡oh, Príncipe ideal!
mi amor ya, aunque llegases,
¿con qué te obsequiará?
¡Oh, espera fracasada,
que fuiste, por mi mal,
pecado de ilusiones
que el alma pagará!—
Y ve cómo a sus plantas
deshácese fugaz,
en un llanto de pétalos,
su ramo de azahar.

VICENTE NERIA



EL MAR

(CUENTO)

—AHORA le diré a Ud. la razón que he tenido para no entrar en esa habitación—observó Vladimiro Bardief, volviendo a sentarse en la butaca del gabinete.

Quien así había hablado era un hombre alto y musculoso, con los ojos cobrizos, de mirar vago y soñador. La nariz un poco arremangada, el pelo crespo y castaño, los labios sensuales y la dentadura apretada y blanca. Vestía un traje negro, ribeteado de trencilla, según la moda imperante a la sazón. Botonadura de oro en puños y pechera almidonados y cuello foque con corbata de lazo, negra como el vestido. Del bolsillo izquierdo del chaleco colgaba una leontina, cuyo áureo metal fulgía a ratos, según la luz que recibiera del ancho ventanal frontero.

Su interlocutor, que estaba también sentado, en la butaca pareja, era la figura opuesta de Vladimiro. No mediría más de cuatro pies, enjuto y huesudo, con esas angulosidades características de los cuerpos trashijadillos y enclenques. La nariz ganchuda, como parábola, cuyo extremo inferior apuntase para la boca. Una cicatriz en la frente, cerca de la sien y el pelo escaso y lacio. Vestía batín gris oscuro, veteado de blanco, como los mármoles esquizados, y debía de ser bastante friolero, porque varias veces había provisto de nuevo combustible la lumbre de la chimenea.

El gabinete en que se encontraban era una pieza más larga que ancha, con la chimenea al fondo. Denotaba lujo e incluso ostentación: tal la multitud de cachivaches, muebles y fruslerías allí congregate. Un tapiz de nudos, en el suelo, bajo las dos butacas amplias y confortables. Sobre la repisa de la chimenea, reloj de bronce con la esfera dorada y una figurilla alegórica, rematando su parte superior. Había que estar muy versado en mitología para reconocer en la mentada figurilla una encarnación de Harpócrates: dios del silencio. Era algo así como un ensoberbecimiento de las horas, que no queriendo pasar inadvertidas imponían en torno suyo un mutismo circunspecto y filosófico.

A ambos lados del pretencioso reloj había sendos candelabros de afiligranada hechura. Exornaban por último la repisa de mármol, búcaros, retratos de familia en repujado marco de plata, un cenicero y varias chucherías. Sobre la chimenea había un hermoso espejo ovalado. Pendía del techo una araña, la cual reproducía la transformación de la joven lidia vencedora de Minerva en el arte del bordado, en el susodicho animalejo. Estos motivos énicos, juntamente con la presencia de un busto de Sócrates y otro de Platón en sendos pedestales de madera de ébano, parecían indicar las inclinaciones

del dueño de la casa. En uno de los lienzos de pared había, entre dos cornucopias, una panoplia o variada colección de armas: jabalina, azagaya, mandoble, adarga, yatagán... Algunos cuadros al óleo, un abanico chinesco, con el varillaje de nácar, una pandereta con par de crótalos al lado, un barómetro, varios platos de porcelana, lustrosos y traslúcidos y dos estatuillas griegas en las rinconeras, una en cada una, como prescribe el buen gusto, más historiada arquimesa junto al ventanal, completaban el moblaje o ajuar del gabinete.

—Arderá Ud. de curiosidad, sin duda, por saber cómo, dadas las antiguas aficiones literarias, no he querido entrar en la biblioteca—dijo Vladimiro retrepándose en el asiento y con un leve tinte de melancolía en las palabras.

Mr. Rameau confirmó con un gesto cuanto acababa de manifestar Vladimiro Bardief. En efecto, era extraño que habiendo éste visto muy complacidamente las diversas dependencias de la casa, hubiera renunciado a penetrar en aquella pieza que, por la hermosa y nutrida colección de libros, de todas las épocas y países, que encerraba, de bería haber sido la estancia más preferida y dilecta de Bardief.

Se habían conocido bastantes años atrás en un Congreso que los hombres de ciencia celebraran en Munich. Vladimiro venía ahora como agregado a la Embajada soviética en París, y con tal motivo habían reanudado aquel antiguo conocimiento, tan lleno para ambos de gratos recuerdos espirituales.

—Hace cinco años, un 15 de Febrero, perdí a mi mujer. Nos encontrábamos en Berlín, a cuya Embajada había sido yo destinado. Mi esposa sufría una vieja lesión cardíaca que le imponía grandes precauciones y cuidados. Una noche me avisaron a la Embajada que le había dado un nuevo ataque al corazón. Por mucha prisa que me dí en acudir a casa, cuando llegué acababa de expirar. Para reponer mi quebrantada salud, pues llevaba una vida muy intensa de trabajos diplomáticos, juntamente con actividades literarias y científicas, solicité del Gobierno unas vacaciones, y en compañía de mis hijas Olga y Anuschka, me trasladé a un pueblecito de Bretaña, no muy distante de la costa.

Los hombres de tierra adentro, yo, como Ud. sabe, soy moscovita, sentimos una gran admiración por el mar. Penetrados profundamente de la llanura esteparia, inmóvil, seca y uniforme, comprendemos más de súbito el encanto dinámico del mar, su movilidad, bríos y resonante lenguaje, y, extasiados, pasamos horas y horas en su contemplación.

Habíamos alquilado una casita que equidistaba del pueblo y del mar. Por la mañana, tan pronto nos echábamos fuera del lecho a la orilla del mar nos íbamos, y por la tarde, tras un ligero reposo del almuerzo, nos restituíamos a su compañía.

Mientras mis hijas Olga y Anuschka jugaban en la arena de la playa, ya haciendo pequeños montículos y horadándolos después, ya mojándose los pies en las espumosas aguas marinas o cogiendo conchas y caracoles, encaramábame yo en prominente peñasco, lindero

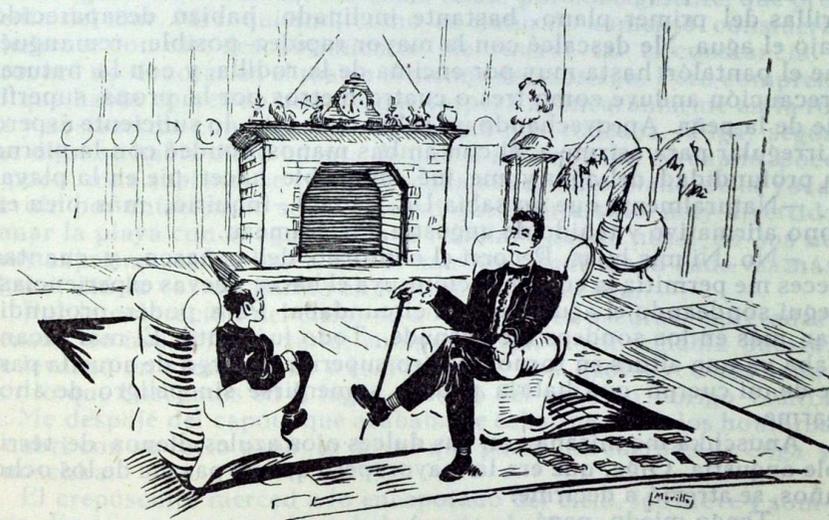
con el mar o bien leía algún libro o distraíame en mirar las olas y las varias coloraciones del líquido elemento bajo la luz del sol.

—¡Hermoso espectáculo que tantas veces ha enardecido la imaginación de los poetas!—exclamó Mr. Rameau, escanciando vino en las copas y ofreciéndole una a Bardief.

—Así es—repuso Vladimiro, y con acento de íntima congoja, añadió: —Pero conmigo el mar ha sido cruel y sanguinario.

Tras de vaciar la copa de una sola libación, reanudó:

—Buscamos nuevos parajes en los que distraer el tiempo. La costa, brava, pujante, sonora, era muy rica en ellos. Subíamos a los



acantilados, recorríamos las playas de hosca e irregular hechura o trepábamos sobre cualquier peñasco entrante en el mar, para ver mejor cómo éste rompía entre las rocas.

Una tarde descubrimos un nuevo rincón. Era como una ensenada. Aunque el mar batía en todos sitios con fuerza, aquí parecía más tranquilo, o sino menos impetuoso. La costa ofrecía a los empujes de las olas los duros contrafuertes del acantilado. Una playa angosta, reducida, como pequeña rotonda, avanzaba ligeramente hacia el mar. En medio de este espacio arenoso, erguía un peñasco, de varios planos escalonados que remataban en una especie de pináculo. Lo suficientemente ancho para sentarse en él con relativa comodidad.

Olga y Anuschka, tras de jugar en la arena un buen rato, treparon al primer plano rocoso, cuyos entrantes y salientes ofrecieronles nueva diversión, sin el menor peligro para ellas. De la playa a este primer plano no habría de seguro más de un metro de altura. Las fuertes angulosidades del peñasco, sus hendiduras y oquedades atraían a las dos pequeñas, que desaparecían en éstas para volver a aparecer por el extremo opuesto. Mientras tanto, yo, subido a la cima y acomodado en ella, de espaldas a tierra, había sacado un libro del bolsillo y quedado preso en sus páginas.

No habría transcurrido una hora cuando un grito de Olga me sustrajo a la lectura.

—¡Papá, estamos rodeados de agua!

Miré en torno y ví que el peñasco en que nos encontrábamos era ya como un pequeño islote. Bajé apresuradamente de la cima. Las orillas del primer plano, bastante inclinado, habían desaparecido bajo el agua. Me descalcé con la mayor rapidez posible; remanguéme el pantalón hasta muy por encima de la rodilla, y con la natural precaución anduve como tres o cuatro metros por la prona superficie de la peña. Aprovechando un saliente de ésta, lo suficiente áspero e irregular para asirme a él con ambas manos, sondeé con la pierna la profundidad del agua y me fué imposible hacer pie en la playa.

—Naturalmente que no sabía Ud. nadar?—inquirió, más bien en tono afirmativo y teñido de angustia, Mr. Rameau.

—No. Ni mis hijas. Recorrí el contorno del peñasco, y cuantas veces me permitía la configuración suya el hacer nuevas experiencias, seguí sondeando el agua que nos circundaba. Para poder profundizar más en los sondeos me desnudé. Todo fué inútil. El mar alcanzaba ya una altura en torno nuestro superior al largo de aquella parte de mi cuerpo que habría podido sumergirse sin peligro de ahogarme.

Anuschka me miraba con sus dulces ojos azules, llenos de terrible angustia. Olga, que era la mayor, pero que no pasaba de los ocho años, se atrevió a decirme:

—Tengo miedo, papá.

—Nada hay que temer, les dije en mi deseo de animarlas, pero interiormente convencido de que nuestra situación era bastante difícil. Las hice subir al segundo plano de la roca y les rogué que no se asustaran, pues habríamos de salir sin detrimento de nuestras personas, del pequeño peligro en que estábamos. Aunque sabía de antemano que era del todo inútil el dar voces pidiendo auxilio, pues a nadie habíamos visto por aquellos lugares abandonados de toda humana existencia, en los días que llevábamos en ellos, proferí varios gritos, hasta que confirmé plenamente la imposibilidad de que me oyeran. Mis voces, como es lógico, asustaron a mis hijas. Las animé, haciéndoles ver que nada nos ocurriría si no venían en nuestro socorro, pero que nos veríamos compelidos a permanecer allí bastantes horas. Después les expliqué en qué consistían las mareas y el tiempo que tardarían las aguas en replegarse. Las dejé ya más tranquilas y me dispuse a hacer un reconocimiento en torno mío, con

objeto de descubrir, si era posible, el nivel habitual de las aguas en aquel sitio, durante la pleamar. La inclinación del primer piso, llamémosle así, del peñasco, no permitía que las aguas se estacionasen en él. Todas las irregularidades de las rocas vertían hacia el exterior. Pasé al segundo plano, y en seguida dí con un aguachar o charquito de los que forma el agua del mar al quedar aprisionada en los agujeros de las rocas. ¿Provenía de la lluvia aquel aguachar? El día antes había llovido copiosamente. ¿Se había formado merced a algún golpe de mar, pues las olas rompían contra la parte más avanzada del peñasco y el oleaje solía ser a ratos violento, si bien no tanto como en otras playas que habíamos descubierto otros días en nuestras excursiones? Para salir de dudas, en lo que respectaba al origen del agua, introduje el dedo índice en ella y me lo llevé después a la boca. El agua estaba salada. No cabía duda, por consiguiente, que procedía del mar. Mi inquietud, como es natural, aumentó considerablemente con este descubrimiento. Me reservé tal circunstancia y procuré no denotar en el rostro el menor desasosiego. Pero comprendí que había cometido una insigne torpeza al encaramarme en la roca y abstraerme con la lectura de cuanto nos rodeaba. Olga, según me dijo, se había dado cuenta de que el mar nos iba cercando poco a poco, mas subiéndose con Anuschka al segundo plano de la roca, tóvulo por entretenido solaz y pensó que habría sido muy divertido ganar la playa con el agua hasta la rodilla. Cuando notó, en sus no muy experimentadas luces, que el mar iba adquiriendo cada vez más altura, dió la voz de alarma en la forma ya indicada.

Por la coloración del cielo, ya que las nubes oscuras, apretadas, densas, no nos dejaban verlo, comprendí que el sol se había puesto. Se levantó un viento tenaz y ruidoso, que nos azotaba demasiado, por lo que buscamos en el lugar opuesto del peñasco abrigo contra él. Me despojé del capote que acababa de echarme sobre los hombros y cubrí con su recio paño, lo mejor que pude, los cuerpos de Olga y Anuschka.

El crepúsculo, merced a lo encapotado del cielo, fué breve y sombrío. En torno nuestro, la soledad más absoluta. Era tan angosta aquella especie de ensenada y el acantilado tan alto, que el campo visual que teníamos por la parte de tierra no podía ser más reducido. En cambio, el océano, agitado y espumoso junto a nosotros, y uniforme y quieto en la lejanía, como una masa verdinosa e inmóvil, mostrábase a nuestros ojos en toda su grandeza.

—¿Y habrá que estar aquí mucho tiempo?—preguntó Anuschka, con su cabellera rubia, flotando en el viento, como la de una valkyria—. Tengo hambre.

—Todo se remediará con un poquito de paciencia—repuse, por decir algo.

Para andar más desembarazadamente en nuestros paseos por la costa, no solíamos nunca llevar vitualla alguna con la que refrigerarnos a la caída de la tarde. Tan pronto el sol se acercaba a su ocaso, emprendíamos la vuelta, reponiendo, una vez en casa, nuestras fuerzas.

—Aún nos quedan varias horas de estar aquí—indiqué a mis hijas, que no se separaban un momento de mi lado.—¿No os parece bien que cantemos alguna canción de nuestro país?.. Mataremos así el tiempo, y si alguien nos oyera, acudiría, de seguro, en nuestro auxilio, con lo que nos ahorraríamos el continuar aquí en espera de que baje la marea.

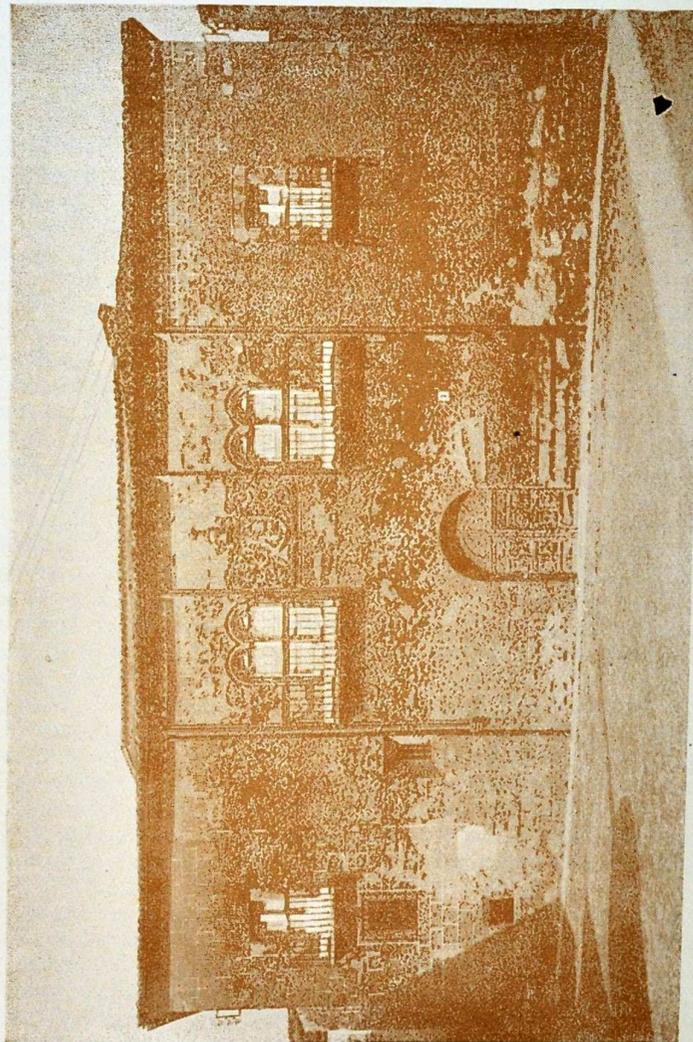
Si el miedo es por demás pegadizo, como suelen serlo todos los sentimientos fuertes, la serenidad también lo es. Mis tranquilas palabras, deliberadamente ajenas a la interior desazón que me consumía, dieron ánimos a mis dos pequeñas, y a poco nuestras voces, al unísono, trajeron a aquellos parajes adustos el melancólico sentir del



alma esclava. Música que mi pensamiento traducía en estas palabras; «Estamos en peligro de morir ahogados. ¿No hay nadie por ahí que pueda venir a salvarnos?»

La noche se echó encima y el fuerte aire que se había levantado se convirtió en ventarrón. Esta circunstancia empeoró el trance en que nos hallábamos. Las olas eran cada vez más violentas y el zumbido del viento más terrible y asustador. Comenzamos a sentir en el rostro y en las manos las salpicaduras del mar, que se batía impetuosamente a nuestros pies.

—Tengo miedo, papá—dijo Olga, que era la que más cuenta se daba del peligro que corríamos.



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres, Palacio de Mayoralgo

Afortunadamente apareció allá en el horizonte, ligeramente teñido de luz crepuscular, un navío. Por su tamaño debía de ser un trasatlántico. Multitud de puntos luminosos, ya denotando cierta simétrica colocación, ora muy distante entre sí y rompiendo esta euritmia u ordenación de emplazamiento, esplendían en el espacio, como si fueran los ojos fosforescentes de fabuloso mónstruo marino.

Aproveché esta coyuntura para distraer a mis hijas, que empezaban a sentirse dominadas por el miedo. Les hice ver lo hermoso que era viajar en un buque así. Las mil comodidades que ofrece su moderna construcción. Lo deprisa que anda. Por qué avanza a través del mar; cómo se gobierna y quien manda y dispone todas las cosas en él.

Una ráfaga de aire nos sacudió tan fuertemente que hube de coger con cada mano a una de mis hijas. Anuschka se echó a llorar y Olga se apretó a mí cuanto pudo.

—¡Maldito aire!—, exclamé sin poder reprimirme.
El ruido del mar y del viento eran cada vez más ensordecedores. A causa de las nubosidades que cubrían el cielo apenas si se veía alguna estrella. Pensé en que nuestra tardanza en regresar a la casa inquietaría a los criados y que no pasaría mucho tiempo sin que se pusieran en movimiento, al objeto de dar con nosotros. Sin embargo, la búsqueda no podía ser más fácil. Como cada día tirábamos para un sitio distinto, hasta conseguir encontrarnos, cabía que pasaran muchas horas.

Recelando de que el agua pudiera llegar más tarde o más temprano al segundo plano de la roca, decidí subir con mis hijas, bien cogidas de la mano y tanteando antes con los pies el terreno, pues ya apenas se veía, al lugar más alto del peñasco. Si esto tenía la ventaja de ponernos más fuera del alcance de cualquier súbito e inesperado golpe de mar, ofrecía, en cambio, el inconveniente de que el viento nos azotaba con más violencia.

Me quité el cinturón y até con él a mi pequeña Anuschka, dándome con el extremo de la correa varias vueltas a la mano izquierda. Después pasé el brazo derecho alrededor de la cintura de Olga y la apreté bien contra mí, sentándonos los tres, por último, en la roca, para hacer menos oposición al aire. Ambas temblaban, según pude percibir a su contacto. Comprendí que el intentar animarlas en aquellas circunstancias tan notoriamente graves, sería, además de infructuoso, desatinado y opté por enmudecer.

—¡Cómo me recriminaba mi corazón! Sólo yo tenía la culpa de todo. Había cometido una imprudencia temeraria al subirme al peñasco, sin prever las contingencias que en lugares desconocidos y de peligro, como representa siempre la vecindad del mar, máxime la de un mar fosco y violento, nos acechan. Comprendí que nunca debemos atar la atención de modo tan indisoluble a un fin determinado y que mis embebecimientos en la lectura, inofensivos hasta ahora, habían tenido en esta ocasión la culpa del apurado trance en que nos encontrábamos.

Por aquí iban mis reflexiones, cuando un ramalazo de agua nos salpicó de tal modo que se humedecieron nuestras ropas.

—¡Mamá!.. ¡Mamaíta, sálvanos!—exclamó Olga castañeteándole los dientes.

Anuschka se agarró a mí con ambas manos.

—¿No oís?—aventuré por distraerles la imaginación; y para dar una mayor consistencia real a mis palabras, lancé un grito fuerte, vibrante, como delatando a los que vinieran en nuestra busca nuestra presencia.

La voz retumbó inútilmente en los acantilados.

—¡No viene nadie, papá!.. Lo dices para que no nos apuremos, para que pensemos que alguien viene a por nosotros—sollozó más que dijo Olga.

¿Qué iba a contestarla? Callé; encendí un fósforo, tras varias tentativas frustradas, y miré mi reloj de bolsillo. Eran las siete y media de la noche. Llevábamos, pues, en el peñasco cerca de cuatro horas. La marea no podía haber llegado aún a su plenitud y esta idea, juntamente con la circunstancia de que las olas nos salpicaban cada vez más, empapándonos las ropas y haciéndonos sentir la frialdad del agua, aumentó nuestra angustia.

Decidí hacer un rápido reconocimiento en torno nuestro, comprobar el nivel del agua. Até a Olga y Anuschka brazo con brazo y aprovechando uno de esos paréntesis que el viento huracanado suele abrir en su furiosa acometida, traté de dar unos pasos en dirección al segundo plano del peñasco.

Anuschka se echó a llorar en cuanto notó que me separaba de ellas. Olga me suplicó que no las dejase solas. Volví atrás; las cogí fuertemente de la mano, y con la mayor precaución posible y tanteando, como habíamos hecho al subir, el terreno antes de aventurarnos a avanzar, dimos varios pasos.

El pavor que experimenté cuando sentí húmedos los pies, apenas inicié el descenso de la roca, no es para dicho. El mar debía de encontrarse ya junto a nosotros, a menos de dos metros de altura y aquel primer remojón que nos habíamos llevado bien patentizaba la proximidad.

Bardief hizo una pausa y humedeció los labios con la lengua. Mr. Rameau le oía sin pestañear casi. Se le había apagado el cigarro, prueba de su redoblada atención, y las tenazas, con las que a cada paso atizaba la lumbre de la chimenea, permanecían ahora ociosas.

—Las mareas, como Ud. sabe muy bien—reanudó Vladimiro—no son iguales en todas partes. El movimiento oscilatorio del agua, esto es, el flujo y reflujo, es el mismo siempre; pero en algunos puntos del globo las mareas son dobles y según la configuración de las costas, la presión atmosférica, el viento, el nivel del agua alcanza más o menos altura. Mis cálculos sobre el probable nivel que podía alcanzar el mar, habían fallado por completo. No había tenido en cuenta la configuración de la costa, cuyo acantilado en esta parte formaba como un angosto anfiteatro. El peñasco en que nosotros estábamos erguía casi en medio de esta herradura. Durante la bajamar, las embestidas de las olas no debían de llegar a sus pies. Pero a poco se iniciase el movimiento ascendente del agua, el peñasco se

ría batido de seguro por el oleaje, penetraría el espumoso líquido por las dos bocanas, llamémoslas así, que se formaban entre ambos costados de aquél y las rocas vecinas, y como no encontraba sitio en que dilatarse a sus anchas, hacía subir notablemente su nivel.

Mi pequeña Anuschka no hacía más que gritar a cada paso. Parecía como si hubiera enloquecido. Quería desligarse de mí; romper el fuerte atadero que nos unía, y llegó, incluso, a mordirme en la mano. Creía, en el confuso conocimiento que tenía de nuestra situación desesperada, que tan pronto se soltase de mí, podría escapar



corriendo hacia tierra. No comprendía del todo la imposibilidad de trasladarse y pensaba que era un suplicio injustificado el permanecer allí, chorreando ya nuestras ropas y zarandeados por el ventarrón.

El instinto vital se forja también algunos espejismos, se hace figuraciones que distan mucho de la realidad verdadera y que no son sino alentadoras ilusiones con que nuestro apego a la vida trata de acallar la voz de su desesperanza. Sobre las rocas del acantilado, vistas más con la imaginación que con los ojos, pues la oscuridad que nos rodeaba iba siendo cada vez más impenetrable, creí percibir

el débil reflejo de una antorcha. Me dió un vuelco el corazón. ¡Alguien venía en nuestra busca! ¡Estábamos salvados! Lancé con toda la fuerza de mis pulmones un grito vibrante, terrible, ensordecedor, que se estrelló contra los cantiles y se sumó a la tremenda resonancia del mar. Esperé en vano la respuesta. Fuera del ruido de las olas y del viento, encrespado cada vez más, nada más se oía. El barco que vimos y que durante algún tiempo se mostraba a nuestros ojos, había desaparecido ya. Olga, que había dado pruebas de una mayor entereza de ánimo, comenzó a llorar primero, a apretarse fuertemente contra mí después y por último a gritar también como una loca.

—¡Oh, oh!—exclamó Mr. Rameau.—¡Qué situación más tremebunda!

—Pensé—prosiguió Vladimiro—, si sería lo mejor que el mar nos arrastrase de una vez y dejáramos así de sufrir. Sus embestidas eran por instantes más fuertes, más arrolladoras. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarme arrastrar con mi amada carga, con mis despavoridas hijas. Agarrábame ahincadamente a las desigualdades de la roca, hasta el punto de sentir mucho dolor en las uñas, en las extremidades de los dedos y correr la sangre tibia por la mano abajo.

Yo no soy creyente; pero hay situaciones en la vida, en las que hay que creer en algo. Elevé mi pensamiento; me forjé una idea concreta, corporal, de la primera causa, y exclamé: «En Vos pongo nuestra salvación y si hemos de perecer alguno, perezca yo solo».

Una ola fortísima, espumeante, pues a pesar de la oscuridad que nos envolvía, percibí su altura, nos arrastró como un metro o cosa así, sobre la áspera superficie de la roca. El agua nos entró por el cuello y nos salió por los pies. A rastras conseguí alcanzar de nuevo el sitio en que estábamos. Mis hijas ya ni mullían ni tullían. Tiré de las dos, como de dos cuerpos muertos; las besé y apreté fuertemente contra mí. El viento pareció encalmarse unos momentos. Era uno de esos fugacísimos descansos que se toma Eolo para henchir los pulmones y resollar después con mucha más violencia.

Un golpe de mar, más terrible que el anterior, me arrebató a la pequeña Anuschka. Fué tal la fuerza del agua, que rompió la hebilla del cinturón y neutralizó el vigor de mi brazo.

—¡Anuschka!... ¡Anuschka!—, grité entelerido.

Extendí mi mano en la oscuridad, buscándola. Me arrastré en todas direcciones sin soltar, como es lógico, a mi otra hija, que debía de haber perdido el conocimiento. Llaméla con más fuerza:

—¡Anuschka!... ¡Anuschka!... ¡Mi pequeña Anuschka!

Todo fué inútil. El mar bramaba junto a nosotros. El viento nos ceñía nuestros vestidos chorreantes, y si hubiéramos sentido algo en aquella situación terrible, habríamos experimentado esa sensación de frío mortal del cuerpo cuando penetra el aire helado, a través de las ropas mojadas. Recuerdo que me abracé a Olga; que puse en tensión todos mis músculos, en espera de otro golpe de mar, y, a fin de que no me cogiese desprevenido. Tal y continuado esfuerzo debí de hacer, que perdí también el conocimiento. No sé cuánto tiempo es-

taría sin sentido. Mucho, a juzgar por las pocas horas que pasaron desde que lo recobré hasta que vino el día. Al volver en mí, tras ese estado de penumbra de la mente, característico en este retorno de la conciencia, ví que Olga continuaba a mi lado. Instintivamente la apreté contra mi pecho, aguijonado mi corazón aun por la idea de haber perdido a Anuschka y el temor de poder perderla a ella. Sin embargo, el peligro debía de haber pasado. Ni el viento nos azotaba furioso, ni el océano batía el peñasco con el denuedo de antes.

Apreté de nuevo a Olga contra mi pecho y la besé. La terrible frialdad de su rostro no podía alarmarme después de los remojones sufridos. Mis ojos percibían en la oscuridad el bulto de su cuerpo, pero no el estado de sus facciones. Arrimé su cabeza a mi hombro y la volví a besar larga y copiosamente, como si tratara de reanimarla con mis besos.

—¡Olga!... ¡Olga querida!... ¡Estamos salvos!—, exclamé en un sollozo casi.

Vínome a las mientes el recuerdo de nuestra pequeña Anuschka y sentí que se desgarraba mi corazón.

Como viera que Olga no daba señales de haber vuelto en sí, la llamé más fuerte y la moví en mis brazos. Noté cierta rigidez de su cuerpo, rigidez que no había advertido antes, porque mi pensamiento, afectado profundamente por la idea de habernos salvado, más que discernir y analizar ardía de feroz entusiasmo.

Torné a llamarla y a moverla con más fuerza. Y aunque no hubiera sido ningún dislate pensar que continuaba privada de sentido, surgió en mi mente una idea terrible: la de la muerte.

—¡Olga!... ¡Hija querida!

Desabroché, temblando como un azogado, sus ropas. Introduje la mano derecha en su pecho y la apreté sobre su corazón. Aquel frío que había notado cuando besé su rostro era el frío de la muerte. ¡Con qué fruición volví a besarlo, y sus manos y los rizos de su húmeda cabellera, que le caían sobre los ojos! Olga, mi pobre Olga, había muerto. ¿De frío? ¿De pavor? ¿Ahogada por mí, cuando pretendiendo salvarla de las fieras arremetidas del mar, la apreté fuertemente entre mis brazos? No lo sé, ni lo he querido saber nunca. Quienes podían haberme informado de este terrible detalle tuvieron el buen cuidado de ocultármelo. Quizás baste esta circunstancia para salir de dudas.

A poco de amanecer nos recogieron de encima de la roca unos pescadores. Yo estuve entre la vida y la muerte más de una semana. Ahora se explicará Ud. por qué no he querido entrar en esa habitación. Desde aquel día no he vuelto a leer un libro, ni a escribir una sola página.

PEDRO ROMERO MENDOZA